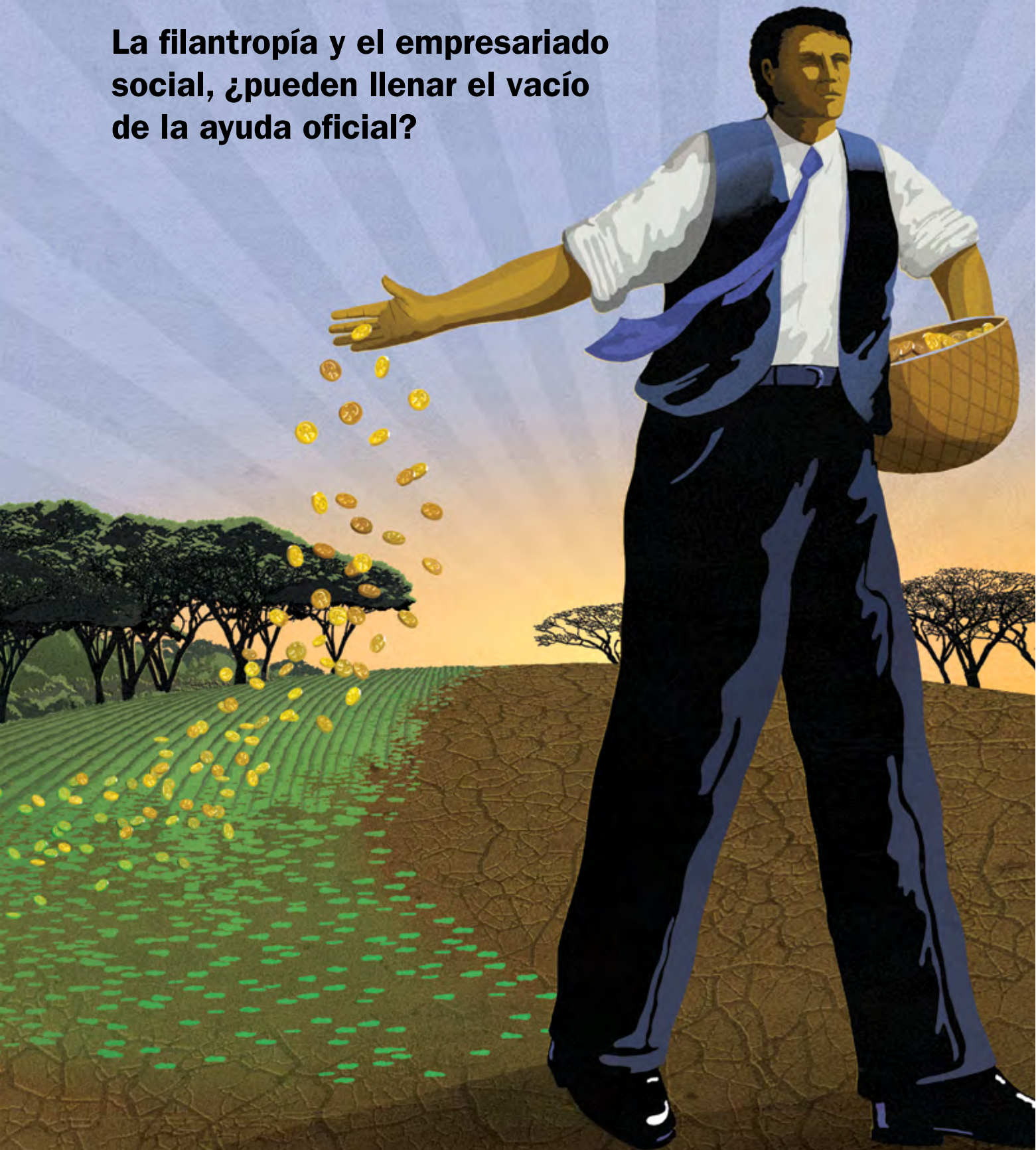


La filantropía y el empresariado social, ¿pueden llenar el vacío de la ayuda oficial?



Buenas obras

Marina Primorac

LA CARIDAD y el empresariado social no son nada nuevo. Andrew Carnegie, John D. Rockefeller y los Vanderbilt ayudaron a erigir la infraestructura cultural de Estados Unidos. Maria Montessori, John Muir y Florence Nightingale fueron empresarios sociales pioneros en el campo de la enseñanza, la protección del medio ambiente y la salud pública.

Pero la filantropía es una parte cada vez más importante de la economía mundial. Mientras muchos gobiernos contemplan la posibilidad de replegarse, los ricos donan de manera más creativa y estratégica y, si Bill Gates se sale con la suya, más generosa y previsor.

En junio de 2010, Warren Buffett y Bill y Melinda Gates lanzaron la Promesa de Dar (“The Giving Pledge”): un compromiso público por parte de algunas de las personas más acaudaladas del mundo para donar como mínimo la mitad de su patrimonio, con la finalidad de inspirar más donaciones. Hasta la fecha se les han sumado 81 multimillonarios; sin ir más lejos, Buffett comprometió US\$37.000 millones.

Los filántropos están motivando a sus pares a hacer lo mismo y más. Hoy es más prestigioso donar fortunas y resolver problemas sociales que dejar una herencia inmensa o hacer legados.

Varias universidades estadounidenses —desde Stanford hasta Georgetown, desde Duke hasta Michigan— han organizado cursos e incluso establecido centros dedicados al estudio de la filantropía. Un enfoque consiste en estudiar la manera de promoverla para multiplicar los fondos destinados a un proyecto. Otro es medir el impacto de la filantropía para aprovechar mejor las donaciones. Pero hay lagunas en estos estudios: salvo en el caso de Estados Unidos, los datos sobre las donaciones privadas son limitados, pero sabemos en base a información anecdótica que su importancia está creciendo. Por ejemplo, Li Ka-shing, un empresario multimillonario de Hong Kong, ha donado más de US\$1.500 millones y ha comprometido un tercio de su fortuna —una contribución estimada en US\$9.000 millones— a la beneficencia.

Una cosa es cuánto da una persona; otra, el cambio que genera. Por eso, los filántropos y los analistas académicos tienen la atención puesta en el impacto —es decir, la diferencia que produce un aporte— y la mejor manera de medirlo.

Según Gates, el sector privado no invierte lo suficiente en innovación porque los inversionistas, que son los que asumen el riesgo, reciben una parte pequeña del rendimiento. Tradicionalmente, el Estado intercede para atender necesidades que de lo contrario pasarían inadvertidas, pero Gates sostiene que los gobiernos —al menos los electos democráticamente— no miran a largo plazo y evitan el riesgo.

Es ahí donde puede llenar un vacío lo que Gates denomina “filantropía catalizadora”. Lo que hace bien el gobierno es encontrar algunos ganadores probables, pero lo que hace bien la filantropía es respaldar a muchos ganadores potenciales, incrementando la probabilidad de que alguien encontrará una solución nueva a un problema social determinado.

Las empresas se encuentran bajo una presión creciente para contribuir a la sociedad, al menos en apariencia. Los cínicos sostienen que las empresas hacen únicamente lo necesario para aumentar las utilidades. Las grandes empresas están creando divisiones de responsabilidad social corporativa y publicitando las bondades de sus productos, ya sea para el medio ambiente, la educación, la salud o la cultura. Cuando las compañías farmacéuticas ofrecen medicamentos a costo reducido en países pobres para tratar enfermedades mortales como el sida o la tuberculosis, o cuando permiten el uso de sus patentes para la producción de medicamentos genéricos, ¿lo hacen movidas por el deseo de ayudar a los pobres y los enfermos o por presiones legales o políticas?

Forbes, una revista dedicada a la gente más rica del mundo, organizó una cumbre sobre la filantropía en junio de este año e invitó a 161 multimillonarios y millonarios a escuchar a los principales oradores —Buffett, Steven Case, Gates y Oprah Winfrey— sobre cómo podían cambiar el mundo. Y el Foro Económico Mundial ahora organiza una sesión sobre empresariado social, que Greg Dees define como “la búsqueda de una solución novedosa a un problema social”.

La ciudad de Nueva York está experimentando con un financiamiento creativo para resolver problemas sociales, que no solo mide los resultados, sino que también depende de ellos. Goldman Sachs ha invertido en un “bono de impacto social” para financiar una institución sin fines de lucro encargada de idear y ejecutar un programa que busca reducir en un porcentaje determinado el recidivismo en la ciudad. Si el proyecto alcanza esa meta, Goldman Sachs recupera el dinero; si lo supera, obtiene ganancias. Las pérdidas están limitadas a una cuarta parte de la inversión inicial de US\$9.600 millones, gracias a un subsidio otorgado por la fundación filantrópica del Intendente Bloomberg, lo cual demuestra una vez más la importancia de los filántropos que asumen riesgos.

En este número de *F&D*, examinamos la intersección de la filantropía, la inversión privada y el empresariado social: de qué manera encuentra la gente una manera mejor de solucionar los problemas más acuciantes de la sociedad. ■

Marina Primorac es Jefa de Redacción de F&D.